

EFFECTOS DE LA “MENTALIDAD” CONQUISTADORA

Edison Viveros*

Recibido: Septiembre 22 de 2010 - Aceptado: Diciembre 16 de 2010

Resumen

El autor hace un análisis del proceso de conquista y colonia de América. Utiliza una técnica de rastreo documental para examinar lo que denomina “mentalidad conquistadora” a través de sus expresiones históricas. Evalúa las particularidades políticas y económicas tanto de Europa como de América en esa época, con el fin de demostrar que el choque de dos cosmovisiones, una de corte bélico y conquistador, otra con una ética de hermandad y cuidado por la tierra y los ancestros, impidió un proceso que podría haber sido sincrético.

Finalmente, concluye que, pese a los efectos de esta mentalidad, y de su permanencia en los rasgos culturales americanos, este continente es un espacio de mixturas y un mundo plural, con toda la potencialidad para ser auténtico.

Palabras clave:

Conquista, mentalidad conquistadora, política, economía, mestizaje, historia, cultura nativa.

Abstract

The author analyzes the process of conquest and colonization of America. He Uses a documentary tracing technique in order to examine what his self calls “conquer mentality” through the history. Also, the author evaluates the political and economical situation in both, America and Europe to demonstrate that the collision of two different worldviews, one founded in war and conquer, other with an ethic of brotherhood and earth and ancestors cult, avoid a process that could have been syncretic.

Finally, he concludes that, despite the effects of this mentality, and its permanence in American cultural traits, this continent is a land of mixtures and plural world, whit an enormous potential to be authentic.

Key words:

Conquest, conquer mentality, politics, economy, miscegenation, history, native culture.

* Docente de la Fundación Universitaria Luis Amigó. Contacto: edisonviveros@yahoo.com.mx

A David Gil

La aparición en tierra firme

América fue el gran estímulo para la Europa moribunda, enfermiza y cansada del siglo XVI. La llegada de los piratas españoles, franceses, holandeses, portugueses, alemanes e ingleses a la tierra firme de América, fue la salvación económica, cultural y espiritual para la sociedad europea, agotada y alocada, que actuaba como un perro cuando persigue su propia cola para morderla. Wallerstein (2007) muestra cómo era la Europa de finales del siglo XV y comienzos del XVI: estéril como resultado de su burocracia, de la importancia dada a su fuerza militar y de sus constantes guerras, porque Europa siempre se ha matado a sí misma, y con esa forma de operar llegó a la tierra firme de América, la cual era llamada por sus propios habitantes con el nombre de “pacha”, que significa madre; es decir, la tierra para los indoamericanos era comprendida y habitada como algo maternal, por eso no concebían por ningún motivo matar nada que saliera de ella y, si tomaban algo para la sobrevivencia, lo hacían por medio de rituales que tenían el sentido de la más sincera gratitud. Pasaba lo contrario con la infecunda Europa del siglo XVI.

Un rasgo de la “mentalidad” conquistadora fue imponer una práctica económica feudal, resultado de la disolución violenta de sociedades antiguas. Por eso, encajó bastante bien con la ley de hermandad inca llamada el “Tawantinsuyu” o gran Estado fraternal a escala mundial, como bien lo describe el historiador Virgilio Roel (2001). Mientras unos pensaban en someter, los otros pensaban en hermanarse.

Pero ¿en qué consistía esta ley del “Tawantinsuyu”? Primero, se creía que los gobernantes tenían la responsabilidad de expandir la cooperación, la reciprocidad, la ley de la hermandad, para que se generara la vida humana y todas las expresiones vitales de la “Pacha”. Segundo, en el plano de lo político, la cooperación tenía un lugar preponderante para crear un estado universal, confederal y fraterno; por lo que no se podía atentar contra la vida. Tercero, la expansión se hacía con negociaciones diplomáticas y generosos obsequios, y el apoyo tecnológico de una preparada comitiva inca. Cuarto, se llegaba a la práctica cotidiana de una cooperación real en la que se formalizaba un acuerdo de ayuda mutua y de reciprocidad.

En este sentido, y como lo describe Arciniegas (1990), el espíritu del viaje español fue cubrir toda expresión humana americana y no entender el misterio que envolvía esta tierra. Hasta la literatura que hallaron fue ocultada en los archivos de las Indias. Los españoles no supieron qué hacer, en términos de comprensión y asimilación, con una civilización que en muchos aspectos era superior a Europa, a esa que muchos han llamado Europa “La loca”.

Es decir, si a quienes representaban los intereses europeos les ofrecieron hermandad, y éstos respondieron a aquellos que les hacían tal ofrecimiento con la matanza de 10.000 de sus más altos personajes, como sacerdotes, consejeros, ingenieros, es decir, toda la élite del “Tawantinsuyu” (como sucedió en la trágica tarde del 16 de noviembre de 1532 en Cajamarca, sólo por mencionar uno de los innumerables ejemplos), ¿no es esto el choque de dos formas de entender el mundo? Pero también ¿no muestra esto que las sociedades que se encontraron los europeos les superaban por mucho en cosmovisión, puesto que respetaban la palabra y los acuerdos hasta el punto de no aparecer con fuerza militar, por no faltar a una promesa de confianza mutua?

No está de más decir que afuera de la plaza en la que se encontraron esa tarde, estaba una numerosa fuerza militar inca (aproximadamente 80.000 flecheros, que superaban en ingenio estrategia a los europeos), sólo que no pudo operar por el secuestro de su más alto dirigente, Atahualpa, quien representaba el centro político y religioso de la toda la sociedad de los incas. Era fácil vencerles si se parte de una “mentalidad” basada en la mentira, el impudor y la traición del conquistador. Sólo era necesario un juego engañoso. Atahualpa, gracias a sus consejeros y militares, que vigilaban lo que pasaba en el territorio, sabía a qué habían llegado los europeos, sin embargo, siempre creyó que era posible brindarles la valiosa fraternidad y aprender de ellos y de su lugar de procedencia.

Los incas no fueron ingenuos, respondieron como se los enseñaban su práctica y tradición política, con las que habían gobernado. Éstas eran resultado de una conciencia histórica de más de 10.000 años, como lo muestran los nueve “Pachakutis” descritos por Roel (2001). Los incas no fueron vencidos por falta de tecnología, como alegan algunos eurocéntricos, mencionando, por ejemplo, el desconocimiento del metal por parte de esta sociedad indoamericana. Claro que conocían el metal, hay evidencias de esto, sólo que no lo necesitaban para matarse entre ellos, por lo que no lo usaban con frecuencia, pues la guerra entre estos pueblos no consistía en matar al adversario, sino en obtener sus momias sagradas que representaban a sus antepasados. Se sabe que, al ganar una batalla, los incas ofrecían al vencido los desarrollos más avanzados que tenían, pues en eso consistía la ley de la fraternidad del “Tawantinsuyu”.

En este sentido, América estaba dispuesta a recibir a Europa con la grandeza de una tierra firme, no sólo en su espacio físico, sino en su conciencia cultural, en sus avances tecnológicos, en su poderío militar y en una sabiduría que, 500 años después, sigue generando numerosos y eruditos estudios.

La soberbia y la ambición

La “mentalidad” conquistadora de la sociedad europea estaba motivada por la soberbia y la ambición, y éstas por el hambre que pasaba Europa. Dice Wallerstein (2007), que en el siglo XIV,

gracias a las cruzadas, se aumentaron las prácticas de pillaje en las rutas de comercio, lo que influyó significativamente en la expansión económica que deseaban los europeos, pues las áreas de cultivo se redujeron representativamente y “a falta de arados y fertilizantes, poco se podía hacer para mejorar esta situación” (Wallerstein, 2007, p. 30).

Además, la guerra de los 100 años, entre 1335 y 1345, hizo de la economía de Europa una economía de guerra, aumentando impuestos que se sumaban a los tributos feudales, los cuales eran ya considerablemente altos. De esta manera se generó una crisis de liquidez y una práctica de petición de impuestos indirectos y otros en especie. Dice Wallerstein:

Así empezó un ciclo descendente: la carga fiscal llevó a una reducción en el consumo, que condujo a una reducción en la producción y en la circulación de la moneda, la cual incrementó aún más las dificultades de liquidez, llevando a los reyes a buscar préstamos, y eventualmente a la insolvencia de los limitados tesoros reales, lo que a su vez creó una crisis de crédito que condujo al atesoramiento, lo cual a su vez alteró el esquema del comercio internacional. (2007, pp. 31)

Así que la práctica que trajeron a las Américas era algo común en la cultura europea que ya les había dejado a ellos como resultado un alto nivel de pobreza y esterilidad. Europa estaba quebrada y su comercio se podría estancado, por eso, no era su interés la fraternidad, sino una desvergonzada práctica de hurto, de apropiación de lo ajeno. Dice William Ospina (2003) que Carlos V pagó con oro de América la deuda que tenía con la corona alemana.

En ese sentido, quienes llegaron a las Américas estaban suficientemente entrenados en el mal oficio del robo, eran hijos de su cultura y de su sociedad. Por ejemplo, Pizarro fue un buen heredero de porquerizas, era un experto asistente de cerdos en su tierra natal; otros venían de cárceles de donde fueron sacados para hacer parte de los pequeños ejércitos que poco tenían de valientes.

La soberbia y la ambición no son las características de una actitud descubridora. Ya lo señaló el maestro Arciniegas (1990) cuando dijo que “descubrir es una función sutil, desinteresada, espiritual; conquistar es una función grosera, material” (p. 36). Los europeos que llegaron a las Américas ni fueron desinteresados, ni espirituales; tenían grabado en su alma lo más elevado de la arrogancia y la codicia de la sociedad del viejo mundo, cansado, agotado y enfermo.

Por eso, y de acuerdo con Arciniegas (1990), la conquista fue la época del “cubrimiento del nuevo continente”. Los europeos vinieron a imponer un sistema económico estéril, un dogma religioso, una arquitectura y una raza.

Trampas, masacres y demás menesteres repugnantes del conquistador

Hernán Cortés, basado en el asalto a México, había asesorado a Francisco Pizarro en el uso de una estrategia de engaño para capturar al gobernante mayor de la sociedad incásica. Sabía que enfrentar en una batalla al ejército inca era un acto suicida, pues terminarían completamente aniquilados.

Por eso, planeó Pizarro una reunión tramposa el 16 de noviembre de 1532, en la plaza de Cajamarca, para continuar con la práctica de masacres que ya venían desarrollando los hispanos en el territorio de las Américas. De hecho la hizo con el mismo protocolo usado por Cortés en México. El plan consistió en dos pasos: el primero, apoderarse del mayor gobernante estatal y el segundo, desencadenar una feroz matanza de la élite que acudiera con él.

Hubo otras masacres acompañadas de saqueos, por ejemplo, la de la isla de Puná en 1531, en la que las milicias de Pizarro fueron recibidas en paz por el cacique Tumala, pero una vez instalados, los españoles desamarraron un cruel ataque contra la población local a la que asesinaron en una práctica realmente genocida. Posteriormente, con apoyo de perros de guerra, realizaron algo que los españoles llamaban “guazabaras”, que consistía en hacer que los canes mordisquearan cruelmente a los indígenas para luego quemarlos vivos.

Una nueva masacre se dio en Tumbes, a orillas del río Zamurilla, en el mismo año que las dos descritas anteriormente. Luego de enfrentarse Pizarro con las fuerzas de Kuraka Chirimasa y de estar perdiendo con el inca la batalla, éste último recibe las órdenes de Atahualpa, por medio de un mensajero, para entrar en acuerdos de paz con el español, por lo que éstos se realizan. Pizarro aprovecha este momento para traicionar la palabra acordada y ordena hacer otras “guazabaras” y robar pertenencias. Asesinó mujeres, ancianos y tomó niños y jóvenes como esclavos.

Un último ejemplo de la manera de operar de los españoles a la cabeza de Pizarro, es la masacre de los Tallanes, en donde 13 indígenas estaban organizando una resistencia contra el ibérico, pero éste, al enterarse, los sometió a crueles torturas para finalmente quemarlos a fuego lento en presencia de los demás indígenas.

Se sabe también, como lo enuncia Arciniegas (1990), que luego de la conquista, en el período de la colonización en el territorio de Chile, para que los indios no se escaparan de la minas, los españoles les cortaban dos dedos de cada pie.

Un nuevo rasgo de la “mentalidad” conquistadora del europeo fue la negación del otro por medio de trampas, masacres y el cubrimiento de lo que iban dejando a su paso. Como dice Romero (1999), las sociedades europeas buscaron desempeñar un papel activamente bélico en esta época, para orientar en su favor el curso del proceso. Dice el mismo autor:

Hasta finales del siglo XV, las poblaciones aborígenes americanas habían desarrollado su propia cultura y constituían un mundo autónomo. Pero a partir de la llegada de los europeos el mundo aborígen se tornó dominado en su conjunto y empezó para América una nueva era, cuyo primer signo fue la formación de nuevas sociedades integradas por los invasores y los dominados, por europeos y aborígenes. (Romero, 1999, p. 3)

La grieta del espíritu

Cuando España llegó a América pensaba que los indígenas no tenían alma. Los españoles quisieron imponer el dogma cristiano. Esto puede leerse en el “Requerimiento”, un texto cínico, que sirvió de justificación a Fray Vicente Valverde, quien representaba a la Iglesia en ese momento, y quien le leyó el texto a Atahualpa. El “Requerimiento” le exigía a éste dejar sus tierras, su Estado y su vida para convertirse a la fe católica, o de lo contrario sería asesinado como efectivamente sucedió.

Los habitantes de las Américas no eran más que bestias para los españoles. Dice Arciniegas (1990) que hubo tal ocupación por arrasar esta tierra, por apoderarse de todo lo que tuviera cualquier valor económico, que para poder hoy rehacer lo que fue el panorama americano es necesario acudir a los pocos utensilios de barro cocido que quedaron vaciados en los cementerios indígenas. Insiste el autor que los productos culturales que destruyó España “con sus caballos, su pólvora, sus conquistadores y sus frailes, no era inferior a los de España” (Arciniegas, 1990, p. 43).

Pero todo esto es necesario entenderlo en un contexto histórico. No era la primera vez que España hacía algo así, ya había destruido de los árabes las mezquitas de Córdoba, de la Alhambra, de Generalife. Los españoles ya habían mostrado su condición cavernícola desde el siglo X, ni siquiera 500 años después tuvieron la altura cultural para comprender y reparar ese error en América, y 500 años después, es decir, hoy, siguen pensando muchos de ellos que Francisco Pizarro y Hernán Cortés fueron valientes caballeros dignos de bustos en distintas ciudades de España y Latinoamérica. Parece que no saben que sus “héroes” conquistadores se orinaban de miedo cada vez que tenían algún posible enfrentamiento con los militares incas y aztecas. Es como insistir en honrar a los más grandes ladrones y genocidas de la historia.

España debería reparar los errores históricos que cometió en América, no sólo con pequeñas becas para latinoamericanos, sino con una real propuesta de reconciliación histórica que contrarreste esa imagen que los españoles bien ganaron como los más grandes genocidas conocidos hasta el momento.

La conquista en América, por tanto, no fue militar. Se sabe que España era muy inferior en este aspecto a los estrategas incas. La conquista fue mítica y espiritual, consistió en quebrar el “ánima” de los indígenas, es decir, en “desanimarlos”. Los incas sabían que la llegada de los conquistadores coincidía con el noveno “Pachakuty” que era de presagio negativo y destructivo. Creyeron que debían soportar a estos visitantes y ofrecerles fraternidad (como lo habían hecho en períodos anteriores con tensiones militares entre ellos mismos) y mantener la fortaleza espiritual que les ayudó a superar otros conflictos a los que se habían enfrentado. De hecho, a la llegada de los españoles, ya había una guerra civil entre los hermanos Atahualpa y Wascar.

Pero esta vez fue diferente porque la misma “espiritualidad” que proponían los españoles estaba llena de incoherencias y, a su vez, de poca sustentabilidad práctica. No se entendía cómo cualquier dios podía permitir que en su nombre saquearan, mataran y disfrutaran de las muy comunes “guazabaras”, que por supuesto no partían de ningún principio teológico. No comprendían por qué era más importante que la espiritualidad, ese metal amarillo que para ellos sólo era un adorno y que abundaba por todas partes en esta tierra. Eso tenía que quebrar el espíritu de cualquier miembro de las sociedades americanas.

Se le puede sumar a esa grieta espiritual, que políticamente las cosas estaban cambiando: los incas no tenían pobres, ni esclavos; las naciones que se incorporaban lo hacían por persuasión, pues se les dejaba un alto grado de autonomía y la posibilidad de ofrecer culto a sus propios dioses. De hecho, para ejemplificar la riqueza de esa cultura, dicen Roel (2001) y Arciniegas (1990) que eran mejores los caminos del siglo XV de los incas que los caminos de los españoles 100 años después.

De hecho no es que hubiera mucho disimulo por parte de los españoles, sino que mostraron su apetito sin límite para llevarse lo que más pudieron y esto tuvo su efecto en España, pues como dijo el maestro Arciniegas (1990): “el siglo de oro de España se llama así porque lo nutrió el oro de América” (p. 44).

El resplandor europeo y la vergonzante imitación

Nuestra cultura no es europea, frecuentemente nos confrontamos con la herencia de Occidente y algo por dentro se niega a creer que somos hijos de Europa. Hay una negación acurrucada frente a esto y un deseo de expresar a nuestra manera lo que somos como latinoamericanos.

No se puede negar el esplendor de la cultura europea representada en sus más grandes literatos, científicos y filósofos, quienes han tratado de descifrar el enigma de la vida humana. Es una tradición que estamos llamados a estudiar y a comprender, pues como dice Borges, (citado por Gutié-

rez, 1998, p. 188). tenemos derecho a ella Quizá, si Europa hubiese mirado a América con los ojos y la altura de esos grandes pensadores, el intercambio cultural podría haber generado otras relaciones menos genocidas; pero, normalmente, la política y la estrategia militar no van de la mano con las deliberaciones de los altos pensadores. El mundo sería más justo y equitativo si se escucharan más las reflexiones de altos letrados.

El esplendor intelectual de Europa ha tenido un efecto de obstinación en muchos latinoamericanos, hasta el punto de convertirlos en imitadores vergonzantes, no son de aquí ni son de allá; practican aquí una especie de extravagancia pensando que eso los hace más interesantes e inteligentes; golpean, frecuentemente, con balbuceos pequeño franceses-germánicos, a sus pares, generando de este modo unas distancias irreconciliables que se sumergen en soledades vanidosas y narcisistas. Latinoamérica no necesita de estas prácticas, sino de una unidad más decidida, conciliadora y original que heredar las discusiones de los pensadores europeos, como quien recoge las migajas de pan que caen de una suculenta mesa. No se puede mostrar tanto el hambre.

Si es tal la brillantez de estos caprichosos imitadores de Europa, ¿por qué no se han ido al viejo y cansado mundo, al mejor estilo de los llamados “cerebros fugados”, para que como Prometeo lleven un fuego nuevo a esas tierras? No lo han logrado porque a los pensadores europeos tampoco les interesa mucho que un latinoamericano les hable de las tradiciones europeas. A ellos les parece más novedoso que nosotros los latinoamericanos mostremos cómo enfrentamos nuestros problemas, cómo los hacemos literatura, ciencia y filosofía, pero con nuestras formas de expresión.

No es necesario preocuparse tanto de si aquí hay pensadores o no. Latinoamérica tiene figuras intelectuales, grandes estudiosos, pero no tiene pensadores al estilo de Europa, nunca los tendrá, porque somos otra cosa, no somos un mapa calcado; tampoco somos científicos sociales, eso es más ridículo y desfachatado; gozamos de otras figuras con bastante dinamismo y lucidez.

Los vergonzantes imitadores no han comprendido que Europa está cansada desde hace ya más de 500 años, que Latinoamérica es una nueva forma de ver el mundo, un aire nuevo para un espíritu envejecido, deseoso de aventuras diferentes a este vaho economicista ya analizado por Wallerstein (2007, 2006).

El espíritu plural de Latinoamérica

El maestro Pedro Henríquez Ureña (1994), en su texto *La declaración de la independencia intelectual*, mostró que era posible seguir el vestigio de nuestras particulares formas de expresión en el ensayo y la literatura. Él reconoció que bastantes figuras intelectuales de Hispanoamérica se habían dedicado a resaltar las maneras de ser de nosotros, por ejemplo, por medio de las descripciones del tema de la familia en contextos histórico- sociales.

También, la enorme figura intelectual de Alfonso Reyes, en su ensayo *México en una nuez* (2005), muestra lo desastroso que puede ser la derrota espiritual de una sociedad. Al no querer reconocer lo que somos como latinoamericanos, esto quiere decir, afrodescendientes, indígenas, ibéricos, mestizos, zambos, mulatos, estamos negando que somos quienes tenemos las soluciones a los problemas que nos aquejan; actuamos aún de acuerdo con lo que hizo creer en tiempos pretéritos Hernán Cortés, quien, como lo menciona Reyes (2005):

Movilizó, contra el formidable poder central, los odios de los pueblos postergados [...]. Y así, bajo las inspiraciones de Cortés, los indios mismos hicieron -para él- la conquista del imperio azteca. Sin la debilidad fundamental de aquellas civilizaciones ya arruinadas, y sin ese juego de circunstancias genialmente puestas al servicio de la empresa, ésta hubiera sido irrealizable. No sólo moral, sino numéricamente irrealizable. (p. 105)

Gutiérrez Girardot (1994) ha expresado que Hispanoamérica ha venido elaborando su propia personalidad histórica y para eso ha tenido que hacer lecturas ontologizadas y metafísicas, pero con la óptica puesta en los problemas humanos de América. De ahí, que hayan aparecido críticas para Latinoamérica por la insistencia en hacer lecturas forzadas de la ontología de Heidegger en estos contextos.

Este autor resalta el cosmopolitismo de un fragmento del poeta Rubén Darío que dice: “Abuelo, preciso decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París”. Esto para enunciar que el latinoamericano tiene una tarea más difícil: conocer la propia tradición y explorar y comprender las diversas tradiciones que han elaborado los grandes pensadores europeos sin quedarse en la imitación, sino que además ha de desarrollar una costosa originalidad. Gutiérrez (1994) lo llama promiscuidad.

Pero todo esto tiene un peligro: no dejar que pase el tiempo necesario para que se madure suficientemente y se llegue a otra forma con saltos osados que “tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción” (Gutiérrez, 1994, p. 14). Por eso, los retos de esa pluralidad de Latinoamérica están en evitar a toda costa quedarse en el deleite de la cultura del viejo mundo y mejor optar por andar caminos en los que las categorías europeas puedan ser conciliadas con los desarrollos intelectuales propios. Esto lo hizo, según este gran intelectual colombiano, Jorge Luis Borges, a quien él llama “el príncipe de las letras hispanoamericanas” (Gutiérrez, 1994, p. 20), y a quien introdujo en Alemania, después de varios intentos como bien lo describe en su texto Jorge Luis Borges. El gusto de ser modesto (Gutiérrez, 1998).

Finalmente, cabe decir que Latinoamérica es la posibilidad de la pluralidad porque está en su mestizaje; me gusta mirar a esta tierra con la esperanza puesta en la vida académica e intelectual, no en los sueños de ser un fiel imitador de la cultura del mal llamado primer mundo, porque mi primer

mundo son estas verdes montañas en las que han crecido mi espíritu, mi soledad y mis más amadas compañías.

Como la mayoría en Latinoamérica, soy triétnico o tal vez cuatriétnico, corre en mis venas la sangre de aquellos negros que llegaron esclavizados hace algunos siglos, pero también la del indígena en relación profunda con la naturaleza y su mitología, y la del ibérico ambicioso; no me da vergüenza ser latinoamericano, ser afrodescendiente, aunque muy a mi pesar me comporte la mayoría de las veces como si no lo fuera; como a muchos aquí en esta tierra, me ha costado reconocer-me en las condiciones vitales de mis orígenes.

Lista de referencias

- Arciniegas, G. (2002). América. 500 años de un nombre. Vida y época de Amerigo Vespucci. Bogotá, Colombia: Villegas Editores.
- Arciniegas, G. (1994). Cuadernos de un estudiante americano. Bogotá, Colombia: Uniandes.
- Arciniegas, G. (1990). América, tierra firme y otros ensayos. Venezuela: Editorial Ayacucho. .
- Arciniegas, G. (1989). América en Europa. Bogotá, Colombia: Editorial Planeta.
- Gutiérrez, R. (2004). Modernismo. Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, R. (1994). La concepción de Hispanoamérica de Alfonso Reyes. En Gutiérrez, R. Cuestiones. (pp. 7 a 21). México: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, R. (1998). El gusto de ser modesto. Bogotá, Colombia: Editorial Panamericana.
- Gutiérrez, R. (1994). La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: Promesa y desafío. En Gutiérrez, R. Cuestiones. (pp. 22 a 44). México: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, R. (1989). La imagen de América en Alfonso Reyes. En Gutiérrez, R. Hispanoamérica: Imágenes y perspectivas. (pp. 3 a 21). Bogotá, Colombia: Editorial Temis. Bogotá.
- Gutiérrez, R. (1989). América sin realismos mágicos. En Gutiérrez, R. Hispanoamérica: Imágenes y perspectivas. (pp. 174 a 185). Bogotá, Colombia: Editorial Temis.
- Gutiérrez, R. (1989). Sobre el problema de la definición de América. Notas sobre la obra de José Luis Romero. En Gutiérrez, R. Hispanoamérica: Imágenes y perspectivas. (pp. 244 a 251). Bogotá: Editorial Temis.

- Henríquez, P. (1994). La declaración de la independencia intelectual. En Henríquez, P. Las corrientes literarias en la América Hispánica. (pp. 98 a 115). Bogotá: Fondo de Cultura Económica. .
- Ospina, W. (2009). América mestiza. El país del futuro. Colombia: Punto de lectura.
- Ospina, W. (2003). De cómo fue secuestrado el Inca Atahualpa. En: Ospina, W. La herida en la piel de la diosa. (pp. 27 a 45). Colombia: Ediciones Aguilar. Colombia.
- Reyes, A. (2008). Nueva España. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (2007). América. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (2005). México. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, A. (2005). Teoría literaria. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roel, V. (2001). Cultura peruana e historia de los incas. Perú: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, J. (1999). Latinoamérica: Las ciudades y las ideas. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.
- Wallerstein, I. (2007) Preludio medieval. En Wallerstein, I. El moderno sistema mundial. Tomo I. (pp. 21 a 89). México: Siglo Veintiuno Editores.
- Wallerstein, I. (2006). Análisis del sistemas - mundo. Una introducción. México: Siglo Veintiuno Editores.